

EL TERREMOTO

A las 14:50 del 22 de Mayo de 1960 se altera repentinamente el largo reposo de la tierra insular con un movimiento grado 8 y tantos. Nada podía sostenerse en pie. Las fachadas de cemento de las casas de calle Blanco fueron las primeras en desmoronarse con estruendo al primer sacudón. Al descubierta quedaban los humildes interiores de madera. Toda construcción de cemento se venía al suelo sin oponer la más ligera resistencia, excepto la Escuela Superior que no sufrió ni una grieta. Las casas de madera, bien asentadas sobre la traza regular de la meseta resistieron bien, pero las de las laderas se desencajaron de sus bases o se volcaron o se inclinaron por el deslizamiento del suelo. Muchas quedaron con sus tablas y techos fuera de sus lugares.

La tierra se estremecía provocando derrumbes en todas las laderas que van a dar al mar. Grandes y profundas grietas se abrieron en las barrancas que miran a Punta de Chonos...

Mientras se movía la tierra la ciudad se fue cubriendo de un denso polvo desprendido de las casas que se agitaban como coctelera. La iglesia franciscana aguantaba apenas y sus torres oscilaban peligrosamente. Fué lo primero que miró la gente que estaba en la plaza, lo mismo que el obelisco. Ambas construcciones resistieron, pero no el busto de O'Higgins que se quedó sin cabeza.

Unos tras otros venían los remezones con idéntica intensidad castigando severamente a la tranquila ciudad. Cada nuevo remezón desprendía más



DE 1960

bloques de cemento en las calles Lillo, Blanco, Thompson y Serrano. Casi entero se fue al suelo el viejo edificio de departamentos que estaba en San Martín con Sotomayor, frente a la Escuela Superior. A la vista quedó todo su interior y a la vista, también, un étlico castreño que dormía la "mona" sin enterarse del terremoto. La gente que veía aquellas escenas —a pesar de las circunstancias— no dejaba de reírse. Fue la nota simpática de aquel tenebroso día. Levantado o hundido quedó el pavimento de las aceras, lo mismo que el molo recién construido. Se descajaron los grandes bloques y todo el molo se hundió 1,5 metros dejando el terreno desnivelado y el edificio de la Aduana destruido. Con el molo se iban los sueños del castreño forjados a lo largo de una década.

La gente de La Chícra decía que todo el campo se agitaba como las olas en el mar. Era como gelatina la tierra moviéndose de diversas formas e intensidades.

Los vecinos de calle Blanco vivían los peores momentos tratando de escapar de tanto bloque de cemento que se desplomaba a cada instante, mientras los de Lillo veían derrumbarse la quebrada en varios sectores sepultando algunas personas que buscaron refugio en los patios.

Botes llenos de gente salían mar adentro a buscar la protección del cai-cai y escapar así de la furia del ten-ten. Un curioso comportamiento del chilote, pues en el continente la gente escapaba a los cerros, lo más distante posible de la marina.



Calle San Martín, entre Sotomayor y Ramírez.



EL TERREMOTO

Casi inmediatamente de iniciado el sismo, se voltearon las cocinas a leña, todas encendidas a medio día, y fueron causa de los incendios que comenzaron a brotar por todas partes. En la noche de aquel 22 de mayo, las radios capitalinas informaban que Castro ardía por sus cuatro costados, sin tener cómo combatir el fuego. Ni bombas, ni bomberos, ni mangueras, ni agua daban a vasto para combatir tanto incendio. En el mismo momento que temblaba, la distinguida y comercial calle Blanco comenzó a envolverse en llamas, de la misma manera como fuera consumida por el gran incendio de 1936. Ahora, en medio de las réplicas parecía más dantesco, sobre todo porque el fuego parecía incontrolable y nadie mostraba tener fuerzas para hacer otra cosa que tratar de sobrevivir. Las llamas abrazaban las casas unas tras otras desde

Lillo a Serrano. La casa comercial de Van der Steit, presa del incendio, lanzaba explosiones luminosas como la erupción de un volcán por las muchas balas y pólvora que almacenaba en sus bodegas. Parecían fuegos artificiales, pero no causaban alegría, sino horror a los espantados vecinos.

Después del terremoto vino el maremoto. Pero, gracias a la posición de la ciudad en el interior del fiordo, el "tsunami" no se hizo sentir con la violencia que en Anoud, donde las enormes olas destruyeron el barrio "La Arena". En Castro, la marea fue subiendo rápida pero suavemente, como si se estuviera llenando un estanque. Sumergidos en el agua quedaron todos los sectores bajos: el puerto, Aguirre Cerda, Lillo, Gamboa, Pedro Montt. La presión de las aguas trituraba las casas que luego andaban flotando como



DE 1960

"chatas"; como cajas de fósforos apretujadas quedaron las casas que andaban navegando por aquí y por allá sin dirección.

Con el terremoto concluye la década del 50 y con un halo adverso se inician los años 60. El sismo desarticuló la ciudad del punto de vista urbano, social y económico. Muchos vecinos comerciantes la abandonaron para siempre. Familias de la primera distinción social buscaron rehacer sus vidas en otras ciudades. Jóvenes que no hubieran salido de Castro en situaciones normales conocieron otras partes y echaron raíces lejos de Chiloé. Sin embargo, la merma de población fue llenada por otras gentes provenientes del continente. Aparecieron muchos apellidos nuevos que ocuparon el vacío dejado en diversas actividades económicas que le dió a la ciudad nuevos bríos de proce-

dencia foránea y que permitió responder al reto de la reconstrucción. El castreño que se quedó hizo lo mismo y salió airoso con un empuje inédito.

Pero, gruesos contingentes de isleños de diversas procedencias buscaron también refugio en Castro para sobrellevar mejor los muchos padecimientos que sufrían en sus islas y parajes. Eran solo falsas expectativas. La ciudad no estaba preparada para absorberlos y fue causa de serios desajustes en la estructura social. Aparece el marginado de origen rural, cesante, que comenzó a vivir en barracones de emergencia y que será la nota corriente a lo largo de la década del 60. La ciudad se extendió a La Chácura y las nuevas casas y calles comenzaron a transformar el paisaje de aquel bucólico sector

